

Muestra de poesía colombiana actual

Henry Luque Muñoz
Horacio Benavides
Piedad Bonnett
Rómulo Bustos Aguirre
Carlos Fajardo Fajardo
Julio César Goyes
Nelson Romero Guzmán
Fernando Denis
Álvaro Neil Franco

Poetas nacidos en la década del setenta
(Selección de Felipe García Quintero)

Esta muestra está constituida por poemas de los autores estudiados o reseñados en este número. En el primer caso la selección fue realizada por cada articulista, en el segundo caso por los propios autores reseñados.

HENRY LUQUE MUÑOZ
Selección: Jhon E. Trujillo Paredes

HISTORIA DE COLOMBIA

Mientras permanezco sentado sobre disparos de centellas
Abro tiempos de miseria
Y me pregunto
Qué de los huesos del general Santander
Qué de aquella patria solo nombres de muertos
La revolución era en las sábanas de los libertadores
Porque un horizonte real agonizaba con lágrimas al cuello
Por entonces a quién reclamarle no hubo
De quien ese mundo huérfano
Señora
El aire la noche también se los guardaban
Con lumbres
Y todo.

(de *Sol cuello cortado*, 1973)

S

El solo agitar de tu vestido
bastó para albergar
una leyenda
bajo mis párpados.

(de *Libro de los caminos*, 1991)

CARTA AL DIABLO

Ella debe ir como una sonámbula
Venicius de Moraes

Te escribo a tu mansión de tinieblas
para contarte lo mucho que sufro sin ella.
Por consejo de tu azufrado pensamiento
la busqué y la hice mía
en un lecho, no de jazmines
sino de estrellas reventadas.

-Hasta los símbolos del cielo fueron cómplices, azules cómplices de esta locura-

Tú que hiciese florecer en mi mano
una rosa ensangrentada para que la pusiera por donde pasa su huella,
sabrás cómo devolvérmela,
pues ella se ha ido y cuando partió ni siquiera miró hacia atrás
para ver cómo me convertía en estatua de ceniza.
Cierra con tu asombroso tenedor
los párpados de los que pasan por su lado.
Que nadie la contemple como no sean los ojos,
los terribles ojos de mi ausencia.

Haz que cuando se enfrente a los espejos
no vea su rostro sino el mío;
pon una lágrima de fuego en su mirada
para que sienta una gota del mar de lava que me azota.
Pero no la dejes sufrir, Señor:
si tropieza en el camino
tiéndele tu invisible capa roja
para que caiga no en el infierno del desvelo
sino abrazada en mi delirio.

Hechízala metiendo en su bolso un ruseñor
que en cada pluma lleve grabado
el verso mío para su corazón escrito.
Entra en puntas de pie a los pasillos de su sueño,
píntale los muros del color de mi zozobra,
y si escapa
muéstrale mi cabeza cercenada
en un plato de olvido.

Viértele en el jugo del amanecer
tus imponderables sales malélicas,
de tal modo que odie para siempre
el sabor de su lejanía.

Señor: ella debe estar leyendo ahora
un libro para vaciarme de su pensamiento,
arráncaselo de sus uñas con tu diabólica suavidad;
haz que el silencio
le susurre mi nombre a su oído
y que su saliva le recuerde mis besos.

Pues sin amparo y sin estrella me refugié en su lengua,
su desquiciada lengua
en la que escribí con sangre.
Ella habrá roto mi fotografía en mil pedazos,
réúnelos, Señor,
y arma una luna que se asome a su quebranto.

En ella germinan ligeros decaimientos,
es entonces cuando tu aliento de abismo
puede alcanzar las cumbres:
que si hay candela en su garganta,
sienta que una ráfaga de abandono
sube desde el corazón
a poner explosiones de tos en su vida;
que si un vértigo atraviesa sus entrañas
sienta que es el huérfano
que esconden mis desvelos.

Yo sé que tardíamente concilia el sueño,
transfórmame en la luz de su lámpara,
en el agua que pasa por su cuerpo
cuando se levanta.
Y deja que apoye mi desamparo
en el filo de sus dientes,
que yo sea las palabras
que entran y salen por su boca.

Señor de las Tinieblas: déjala orar,
déjala que se hinque de rodillas
bajo el cielo,

no la martirices en ese instante
furtivamente pecaminoso,
pues nuestro amor es tan grande
que desde la eternidad vendrán los bienaventurados
a aprender cómo se ama con loca ceguera
en este infierno de ausencia.

(de *Polen de lejanía*, 2004)

BUMERÁN

Yo que hice el largo salto en el Transiberiano,
que conocí los vientos de Kabul,
la gruesa nieve de Petersburgo,
que bebí la salada leche de yegua en la cual se hechizó
Gengis Kan.

Yo que toqué a una puerta en Milos y en Isquia,
que he visto a los murciélagos proteger
la Biblioteca de Coimbra
y ascendí las pirámides de Tikal hasta las nubes.
Yo que me arrastré por el Sahara tras el atardecer,
que en Delfos hablé con el oráculo
y soñé víboras en la esbelta Sarajevo
mientras en la calle Tome Masarika
se desnudaba mi sombra.

Yo que en Delhi vi a los muertos sacudirse el polvo,
que he mirado a los ojos a las deidades de Nara
y respiré cenizas en el Ganges.

Yo que contrarié a las divinidades chinas
en subversivos papiros que de tiempo inmemorial
circularon por la ciudad prohibida,
que acaricié a una virgen del siglo XII
mientras mordía mustias hojas de otoño.

Yo que acuné mi timidez en el trono de un rey,
que hice el misterioso vuelo hasta el paraíso
de unos abrazos
lo que de verdad recuerdo, es el barrio en que nací.

(de *Polen de lejanía*, 2004)

XXII

Un poeta no llega impunemente al mundo.
 Debe pagar el haber nacido
 Y el haber escrito con la garra del halcón.

Una página en blanco es un crimen.
 Una página escrita
 Es un arma.

(de *Escrito con la garra del halcón*, 2006)

Henry Luque Muñoz
 Bogotá, 1944-2005

Uno de los más representativos miembros de la “Generación sin nombre” no sólo como creador sino como estudioso del fenómeno poético. Graduado en Sociología, Magister en Literatura. Estudioso de la poesía rusa. Ejerció la crítica literaria. Fue autor de ensayos, traducciones y compilaciones. Su obra está traducida parcialmente al inglés, ruso, alemán, francés, portugués e hindú.

Obra poética: *Sol cuello cortado* (1973); *Lo que puede la mirada* (1977); *Libro de los caminos* (1991); *Tambor en la sombra, poesía colombiana del siglo XX* (México, 1996), *Antología desnuda*, en la revista *Golpe de Dados* (julio-agosto 1997), *Polen de lejanía* (1988). Ensayos: *Tras los clásicos rusos -Pushkin, Lérmontov, Gógol, Chéjov-* (1986). *Dos clásicos rusos -Turguéniev, Saltikov-Schedrín-* (1989). *Compilaciones: Narradores colombianos del siglo XIX y Domínguez Camargo, la rebelión barroca* (1976). *Biografía y crítica: Eduardo Castillo* (1989). *Coautor de la iconografía de poetas colombianos El poeta y su sombra* (1991).

Tomado de: <http://casadepoesiasilva.com/henry-luque-munoz/>

HORACIO BENAVIDES
Selección: Jorge Eliécer Ordóñez

PEQUEÑO SAURIO

Este pequeño saurio
pintado con los colores
del amor
zapote y negro
fósforo
en la oscuridad del diablo
mínima sombra
de un paraíso subterráneo
anda entre los ladrillos de mi casa
como si tener cien millones de años
fuera poco
como si ser un inmenso lagarto enano
fuera nada

(de *Las cosas perdidas*, 1986)

BRUJAS

Cielo
pozo de la infancia
coronado de brujas

Grandes pájaros
en la noche vasta
depositaron
en mi almohada
el tesoro del miedo

(de *Agua de la orilla*, 1989)

ERAS EL MUNDO

Estabas frente a mí
y sin darme cuenta
la calle desapareció
la música
la gente

sólo tu voz
sólo tus ojos

eras el mundo

(de *Sombra de agua*, 1994)

POEMA 49

Duerme tranquila
mientras velo
duerme que estás
del otro lado

y para alcanzarte
dormirme yo debiera

duerme serena
que si caigo en el sueño

la distancia se repite
igual la pena

(de *La aldea desvelada*, 1998)

YO QUE IBA PARA LA FIESTA

Había comprado estos zapatos blancos
esta ropa blanca para ir a la fiesta
y la sangre de mi hermano
ha salpicado la manga de mi pantalón

Y ya es muy tarde para volver al almacén
y no tengo ropa limpia en la casa
y cómo salta el rojo sobre el blanco

Seguramente ya arde la fiesta
y el alcohol corre como el agua

Y para colmo
la sangre de mi hermano
ha manchado mi camisa blanca
aquí en el pecho

(de *Todo lugar para el desencuentro*, 2005)

Horacio Benavides

Bolívar, Cauca, 1949. Ha publicado, entre otros, los poemarios: Orígenes (1979), Las cosas perdidas (1986), Agua de la orilla (1989), Sombra de agua (1994), La aldea desvelada (1988), Sin razón florecer (2001), Todo lugar para el desencuentro (2005), Conversación a oscuras (2014). Su obra ha sido reconocida con numerosos premios; uno de ellos el Premio nacional del Ministerio de Cultura por su antología *La serena Hierba* (2011)

PIEDAD BONNETT
Selección: Adriana Rodríguez Peña

LO REAL

*Nunca
preguntes por la historia real*
Margaret Atwood

Nunca preguntes por la historia real.

La realidad, ya sabes, está siempre
más allá de los hechos,
más acá de la sombra que crece en las palabras.
Es como esos reflejos que cuando éramos niños
morían al nacer en nuestras manos
dejándonos burlados.

Por lo demás,
una historia no es tal hasta que no se cuenta.
Si vivida fue trozos de tiempo que anudamos,
contada es rama seca
que sacamos del hielo cuajada de cristales.

No preguntes
por la historia real:
nunca ha tenido voz el dios que la conoce.

(de *Los Habitados*, 2017)

EN EL BORDE

Lo terrible es el borde, no el abismo.
En el borde
hay un ángel de luz del lado izquierdo,
un largo río oscuro del derecho
y un estruendo de trenes que abandonan los rieles
y van hacia el silencio.
Todo
cuanto tiembla en el borde es nacimiento.

Y sólo desde el borde se ve la luz primera
el blanco ---- blanco
que nos crece en el pecho.
Nunca somos más hombres
Que cuando el borde quema nuestras plantas desnudas.
Nunca estamos más solos.
Nunca somos más huérfanos.

(de *Los Habitados*, 2017)

YA NO EL DOLOR SINO LA CERTIDUMBRE

*¿Qué dolor dolerá
si ella no duele?*
Eduardo Lizalde

Ahora,
Apenas si el recuerdo,
no del amor,
sino de aquella forma en que te amaba.

Ahora,
Ya no el dolor sino la certidumbre
De la dolida forma en que dolías,

Del vacío iracundo y de la pena
de la rama cortada.

Ahora
La sed, no de tu lengua
Sino de aquel deseo de tu lengua,
la sed, no del oasis de tus ojos
sino de aquellas lágrimas caídas

sobre el desierto gris que me esperaba.

(de *Explicaciones no pedidas*, 2011)

HISTORIA SIN FIN

Lo incompleto perturba
J. Conrad

La última pincelada
el último acorde
la última palabra.
La rúbrica.
La palabra de tierra
el desbandarse
el telón que se cierra
los amores
cumplidos. La certeza.

Pero esta abeja que huele a miel y a sangre
revoloteando encima de la frente
posándose en el plato.
La cita pactada.
La promesa.
La tuerca que da vueltas de manera infinita.
La puerta
que corremos a abrir
y afuera sólo hay viento y furia de hojas.
Y no vale clamar
por una muerte chica que venga a socorrernos
a cortar el cordón que nos amarra
al ombligo del cuerpo que respira.
(de *Las Herencias*, 2008)

Piedad Bonnett

Amalfi, Antioquia, 1951. Autora de los poemarios: *De círculo y ceniza* (1989), *Nadie en casa* (1994), *El hilo de los días* (1995), *Ese animal triste* (1996), *Todos los amantes son guerreros* (1998), *Las herencias* (2008). *Explicaciones no pedidas* (2011), *Los Habitados* (2017). Ha obtenido numerosos premios y reconocimientos, entre otros, el Premio Casa América. Cultiva igualmente los géneros de la novela y el ensayo. Ejerció largamente la docencia universitaria.

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE
Selección: Nelson Romero Guzmán

CRÓNICA

A los pocos días de nacido apareció el demonio
Se posó sobre el cabezal de la cama
siguiendo con su pico el movimiento de mis ojos
Una vez más
madre lo espanta con un grito en medio
del recuerdo

y agrega sonreída:
“ahora estarías ciego, hijo mío”
“sí madre -digo
mirando fijamente el vacío horizonte

(de *La estación de la sed*, 1998)

DE LA DIFICULTAD PARA ATRAPAR UNA MOSCA

La dificultad para atrapar una mosca
radica en la compleja composición de su ojo

Es el más parecido al ojo de Dios

A través de una red de ocelos diminutos
puede observarte desde todos los ángulos
siempre dispuesta al vuelo

Parece ser que el gran ojo de la mosca
no distingue entre los colores

Probablemente tampoco distinga entre tú
que intentas atraparla
y los restos descompuestos en que se posa

(de *La estación de la sed*, 1998)

EL ÁNGEL

Como un trapecista que después
 de un salto mortal
 vuelve a buscar la seguridad del trapecio
 en el mismo punto del aire donde lo dejara y descubre
 que ese lugar no está allí
 que una mano invisible
 lo ha empujado hacia otra parte
 y en ese sitio hay solo un hueco, un largo
 tobogán hacia la nada
 Sabe que más allá o más acá
 o quizás atrás, a sus espaldas, respira
 ese segmento de aire
 pero no lo suficientemente cerca de sus pulmones
 para salvarlo
 Sabe que más arriba o más abajo
 o quizás delante e sí, ciego a sus ojos
 resplandece ese lugar

Entonces cae
 comienza a caer
 porque comprende que definitivamente es un animal de pelos
 y pezuñas
 y fervorosamente aplaude
 a fin de cuentas él es su único y exigente público

(de *La estación de la sed*, 1998)

SIAMÉS

La mujer introducía la cuchara alternativamente en cada una
 de las dos bocas. A veces, como un cambio repentino de la brisa
 cambiaba de ritmo y entonces lo hacía al azar

Amorosa separaba una porción del plato y luego la mano dibujaba
 un vuelo lento, indagando su destino al aire, planeando ambigua
 antes de introducirse en la boca elegida

Minuciosamente iguales, pertenecían a distintas cabezas
pero comían para un mismo cuerpo
Una de las bocas se distrajo por un instante del alimento
y dijo a la otra:

Anoche llegó a mí un sueño en forma de ave
y se posó sobre mi luna
la luna que yo había soñado y que había decidido
conservar intacta para regalar a nuestra madre
en su próximo cumpleaños
Y el sueño en forma de ave se posó sobre la luna soñada
que guardaba en mi alacena de guardar los sueños de luna
y la quebró en mil fragmentos y ahora tengo
que repararla ...

La otra boca soltó un eructo y continuó amasando su papilla

La boca de la mujer no dijo nada, pero todo su cuerpo, en realidad
preguntaba dolorosamente con todo su silencio.

(de *Sacrificiales*, 2004)

LA PUPILA INCESANTE

El ojo de la mosca
nunca equivoca el mejor sitio para posarse
Su revoloteo es baile sobre la mortecina

El gusano es más filosófico
Prefiere trabajar en lo profundo
hasta la disolución final, ese territorio
tan cercano al milagro
donde el miasma vuelve a ser mosca, gusano
pétalo, ángel
o pupila incesante que contempla este juego

(de *La pupila incesante*, 2013)

Rómulo Bustos Aguirre

Santa Catalina de Alejandría (1954). Vive en Cartagena de Indias. Su obra publicada consta de ocho poemarios: *Casa en el aire* (2017), *La pupila incesante* (2014), *Muerte y levitación de la ballena* (2009), *Sacrificiales* (2004), *La estación de la Sed* (1998), *En el traspaso del cielo* (1993), *Lunación del amor* (1990), *El oscuro sello de Dios* (1988). En 2016 el Fondo de Cultura Económica publica su obra poética reunida bajo el título *La pupila incesante*. En 1993 recibe el Premio Nacional de Poesía concedido por el Instituto Colombiano de Cultura.

Su libro *Muerte de Dios y poesía moderna en Colombia* (2017) reúne tres ensayos sobre tres autores emblemáticos de la lírica colombiana del siglo XX: Héctor Rojas Herazo, Jorge Gaitán Durán y Álvaro Mutis.

Es Magister en literatura hispanoamericana por el Instituto Caro y Cuervo y Doctor en Ciencias de las religiones por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de literatura en la Universidad de Cartagena.

CARLOS FAJARDO FAJARDO

Selección del autor

LA TIERRA TRAÍA AROMAS DE HELECHOS

Al mediodía oíamos las maderas de los árboles,
su sonido entrando a nuestra casa.
Los hermanos se unían a ese coro que cantaba
junto a nerviosos insectos.
Las telarañas se acumulaban en las alcobas
y fuertes palabras se decían sin ninguna moderación.

En diciembre las hormigas se volvían más temibles,
los reinos del agua hablaban con las piedras del río
y la tierra traía aromas de helechos.

Cantábamos casi sin edad.
Bastaban pocas palabras,
espejismos de hembras en las orillas rumorosas.

No era todo lo que en realidad deseábamos,
pero en los cuerpos de las jóvenes veíamos la luz,
algo de alegría.

Desde los matorrales espiábamos a las más bellas
mientras el río les bañaba sus pechos,
erectos como una bandera

DE LA NOCHE COLGABAN LAS ESTRELLAS

De la noche colgaban las estrellas,
se reflejaban en la laguna donde íbamos a pescar renacuajos.
Cada captura era un trofeo.
Comparábamos el tamaño de los renacuajos
que aterrorizados chocaban en la bolsa de plástico.
Luego los lanzábamos al estanque.
Uno a uno a lo profundo iban cayendo,
rayo a rayo morían de hastío.

El viento hoy sigue azotando puertas
pero ninguna estrella se refleja en el agua.

Ahora somos nosotros
los que con temor
rayo a rayo
vamos cayendo

BARRIO DE INVIERNOS

Desde las colinas
nuestras casas avanzan hacia una estación de bruma.
La lluvia golpea las estancias secretas
y el viento se extiende como mantel de plomo.

Alguien cuida amapolas en el azotado jardín,
frágiles maderos quemados en la aurora.

En la profundidad de los recodos
escuchamos a los muertos,
oímos sus voces a la hora de la siesta.
Mientras las casas permanecen bajo los golpes del agua
la noche se roba el silbo de los pájaros,
la eternidad del día.

Luego, tendidos de espaldas bajo un cielo apacible,
pensamos en nuestros vivos con su luna imantada,
efímeros, como la hierba que crece

TIERRA QUEMADA

De repente despertamos con temor
al escuchar los truenos.
-no es lo que pensamos-
En las montañas suena el trino del pájaro
junto al sonido de fusiles.
Lo comentamos como guardando un secreto.
El vuelo del chamón
agita la tranquilidad del hogar.
Es la tierra quemada por el sol impasible,
los aullidos de los perros,
el ruido de cañones
y una madre nerviosa
oyendo boleros en el crepúsculo.

Miramos la montaña
donde disparos inventan la patria

UN TREN EN LAS TINIEBLAS

Se supone que éramos eternos.
Vivíamos antes del mundo
cuando una palabra bastaba para inventar desolados navíos,
extraviados en nuestro lago infinito.

Así nos sentimos en aquel barrio
con sus casas detenidas como un tren en las tinieblas.

Las puertas se cerraban a cada instante,
quejidos germinaban bajo el tamboreo de la luna.

Al anochecer nos refugiábamos en nuestras culpas.
Huéspedes por los rincones de casa
nos seducían cotidianos ángeles
que enredaban sus voces al aire de las alcobas.

En el duro verano centelleaban los ojos del pellar
y un silbo se escuchaba en labios del hermano.

Frente a la terquedad del día
el aire traía mensajes de placer,
abrigos de luz
y algún enamorado entonaba baladas,
curaba sus heridas.

Mientras el país ardía entre pavesas
esas canciones arrullaban al silencio,
hospederas del amor,
caricias del mundo

(de *Ínsula del viento*, 2016)

Carlos Fajardo Fajardo

Santiago de Cali, 1957. Poeta y ensayista, Magister y Doctor en Literatura, docente Universidad Distrital Francisco José de Caldas. En el género poesía es autor de *Origen de Silencios*, 1981; *Serenidad Sitiada*, 1990, *Veraneras*, Premio de poesía Antonio Llanos, Cali, 1991; *Atlas de callejerías*, 1997; *Tierra de Sol*, Premio de poesía Jorge Isaacs, Cali, 2003; *Navíos de Caronte*, 2009; *Péndulo de arena*. Antología, 2013. El libro de crónicas *La ciudad del poeta*, Bogotá, 2013; *El primer sol*. Antología, 2014; *Ínsula del viento*, 2016. En ensayo ha publicado *Estética y sensibilidades posmodernas*, 2005; la obra colectiva *Real/ virtual en la estética y teoría de las artes*, Paidós, 2006; *El arte en tiempos de globalización*, 2006; *Rostros del autoritarismo. Mecanismos de control de la sociedad global*, 2010; *La ciudad poema. La ciudad en la poesía colombiana del siglo XX*.

JULIO CÉSAR GOYES NARVAEZ

Selección del autor

I

Q'inti solitario en el capulí, diosito entretenido en la flor linda del patio, guerrero de la mañana en las frondas imaginarias de la morada, taita del fuego que atas el arrayán al cielo.

Desde la inscripción antigua que esculpió tu cuerpo en piedra, sostienes una lucha despiadada con el cóndor por estacionar la duda, por encontrar la frontera del gran impulso, el origen de la wachi que retorna, una y otra vez, a la herida del mundo.

El jardín cultivado por la madre está empapado de arco iris y de secretos aromas que esperan tu erecta lejanía; de repente tiñes la cinematografía de la infancia y acaricias las creencias mortales que te miran.

Mensajero de lo inmemorial fecundas los geranios, las hortensias, los jazmines; tejes la eternidad en la retina.

XI

Ha venido un quinde a mi jardín esta mañana, se sació primero en un geranio hermoso, luego reposó su fuerza en uno de los tallos que lo balanceaba; nos quedamos mirando como viejos conocidos, un poco tímidos e indefinidos, casi melancólicos. Tu levedad –le susurré– aún en la ciudad es infinita, nuestra pesadez no será jamás eterna. De súbito tembló su cuerpo y un hueco de silencio quedó abandonado.

XXI

Sueñas que picoteas los últimos perfumes del geranio, que dibujas el infinito de tan veloz inmóvil, que te apareas al son chirriante de un pífano. Toda locura guarda su inocencia, todo amor su soledad.

¿Dónde irás colibrí en pena, qué sombra acogerá tu vuelo? Esta alegría dura lo que demora tu aleteo entre la bruma. Amante abandonado, recuerda que la luz permanece más allá del olvido.

Diosito tornasolado que tejes la mirada al tacto, si vuelves a rozar un clavel rojo que sea como abrir los ojos en mitad del río, así, sólo así, con música ancestral, bonito y de repente.

(de *Arrayán -El quinde y los geranios-*, 2013)

EL PATIO RECOBRADO

De montaña y mar somos, de ardor, de eclipse eterno.

La tierra no es perenne, acaso paisaje, recodo en la huida donde los amores se destrozan. Tierra de timbales en el viento, sendero de ojos y de oídos que pululan en la intimidad sin nombre.

Tierra de olvido en el alba, cuesta abajo en el corazón encendido, pestañeo en el pabulo de la noche cuando el deseo funda más allá de la compasión, la ira y la concupiscencia; carbón encendido, orificio sin fondo, mujer de labios poderosos atrapando una estampida de besos, mascando malva olorosa en la esquina de la cuadra, al filo de las goteras. Patio de arrayán, cuyes y perros; escucha mía, la infancia revolcándose con un placer inmundo.

EL GRAN CHARCO

...cruzaste el gran charco colibrí en sueño, sentiste el agua rozar tus pies, miraste la última sirena recogida en un silencio que la fulmina, los restos de carabelas naufragadas frente a la isla histórica, el complot a un osado navegante; tuviste suerte escucha mía, lo viste recostado en su camarote alumbrado por una vela, tranquilo imaginando su muerte.

Atravesaste el mar, sin deshacer el misterio que lo nimba, el yodo y la sal de sus meriendas. El mar, caracola de la imaginación primera, oreja enduendada de rastros equívocos, sepultados por el juego de las olas y excavados por la sangre de la infancia.

En la visión de piedra con alas esculpidas por milenios saltó el jaguar entre la bruma de la cumbre incógnita, el caballo en el trampolín del tiempo; volviste a escuchar el charango y las zamponas en el cicureo nocturno del universo.

(de *Arrayán -El eco y la mirada-*, 2013)

Julio César Goyes Narváez

Ipiales, Nariño, 1960. Estudió filosofía y Literatura hispanoamericana, doctor en Comunicación audiovisual en la Universidad Complutense de Madrid, España. Profesor del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura –IECO– de la Universidad Nacional de Colombia donde dirige Quinde audiovisuales

Ha publicado: *Tejedor de Instantes* (premio Pablus Gallinasuz, SMD, 1992), *Imago Silencio* (premio de poesía *Sol de los Pastos*, 1997); *El Rumor de la otra orilla*, premio de ensayo Morada al sur (SMD, 1997), *El eco y la mirada*, (beca ICI, España, Trilce, 2001), *Imaginario postal* (SMD, 2010), *Nubes verdes para una ciudad gris* (Caza de Libros, 2010), *La escena secreta*, (Colección Obra selecta de la Universidad Nacional, 2011), *La imaginación poética* (Caza de Libros, 2012), *Arrayán* (Común Presencia, 2013) y *La mirada Espejeante: análisis textual del film El Espejo de Andrei Tarkovski* (Colección Obra selecta, editorial Universidad Nacional de Colombia, 2016).

NELSON ROMERO GUZMÁN
Selección: Jorge L. Gaitán Bayona

EL ROBO DE LA OBRA

Los ladrones entraron por la puerta olvidada del museo, la que instalaron por error y terminó en llamarse *la boca de la oscuridad*. Irrumpieron al interior de la Galería Nacional donde *El grito* permaneció colgado por mucho tiempo. Lo extraño del robo fue haber podido desarmar el cuadro parte por parte. La primera noche, los ladrones sacaron por *la boca de la oscuridad* las pesadas barandas del puente. La segunda nadie volvió a ver los veleros. La tercera noche desapareció la bruma roja. Cuando los vecinos de la Galería escucharon un grito aterrador, ya era demasiado tarde, pues habían maniatado al sujeto que gritaba en el cuadro, le taparon la boca y lo sacaron a empujones por *la boca de la oscuridad*. Desde entonces se han realizado intensas búsquedas para dar con *El grito* y los asaltantes de la obra. Se han visitado hoteles, galerías, colecciones privadas y todos los nichos posibles. La policía, con cierta ingenuidad, pregunta en las calles, *¿alguien oyó anoche un grito en el museo?* Dicen que ya lo están plagiando y, si lo encuentran, será difícil reconocer su original. Los expertos en arte afirman que el cuadro es fácil de ser plagiado, pero no *originado* de nuevo. Pasado el tiempo han ido a parar a la comisaría varias obras del *El grito*, pero los expertos en reconocer su original tienen a su favor un indicio: oír si alguien en el cuadro grita o no, y así han despachado más de cincuenta plagios, pasando al archivo las investigaciones. Pero un día *El Grito* apareció colgado nuevamente en el Museo, gracias a las labores de los vecinos de un barrio de las afueras de Oslo, quienes denunciaron ante las autoridades a unos inquilinos que tenían secuestrado a un hombre que rompía la noche con gritos extraños. También las barandas del puente se rescataron de una chatarrería. Los veleros y la bruma roja de repente volvieron a ser vistos, como si nada hubiera ocurrido. Así apareció consignado en el informe de la policía.

EL RETRATO DE K. HAMSUM

Un desconocido me robó las manos para pintar a K. Hamsun.

¿Qué podrá hacer un hombre con manos robadas?

Todo lo que ellas pinten son obras mías.

No importa que K. Hamsun haya quedado en el retrato sin manos, bizco, mirando una estrella que nace al otro lado de su mirada; no importa que el Autor le haya arruinado su mundo haciéndolo entrar a una carnicería donde mira con espanto sus propias entrañas frescas, sus hígados revoloteados por moscas y una flor disimulada saliéndole por uno de sus bolsillos al encuentro con la inocencia. No importa nada de esto, nada de esto importa.

Lo que sí importa es que K. Hamsun no sabe que está siendo dibujado por mis manos. En el cuadro él tampoco tiene manos. Eso es prodigioso. Si el ladrón se apareciera a devolverme las manos, ¿qué pasaría con K. Hamsun, recuperaría también sus miembros? No importa nada de esto, nada de esto importa. De todas maneras somos parte de un mundo donde robar es una de las Artes Mayores de la humanidad. El robo fue uno de los experimentos de Einstein para probar la Ley de la Relatividad y esto no lo cuentan los biógrafos, pero es obligación decirlo ahora: el físico-matemático robaba las manzanas que Newton cultivaba en el Paraíso y así demostró una de las más complicadas ecuaciones que ayudaron a explicar el universo: la llamada paradoja de los gemelos. En el Paraíso no había gravedad, hasta que Einstein entró a robar manzanas, y se produjo la Caída.

Así que estemos tranquilos K. Hamsun, quedémonos definitivamente sin manos, es más transparente la vida así, no nos culparán de nada. Nunca deshonrados como Galileo, ladrón de telescopios. Cuando miramos la luna nítida por la ventana, sus manchas no nos horrorizan. Esas manchas son las barbas de Galileo, el viejo perseguido por la Inquisición.

Mejor, amigo K. Hamsun, experimentemos con los juegos de la ciencia: tú desde adentro del cuadro me arrojas las manzanas que Newton dejó mordidas en el Paraíso; yo desde afuera te lanzo los telescopios de Galileo para que mires la luna dibujada. Cuando telescopios y manzanas se crucen en el punto cero del umbral, aparecerán nuestras manos. Si eso llegara a ocurrir, tú me ocultarías en una sombra dentro del cuadro; desde afuera, yo te borraré definitivamente, como quien se roba a sí mismo.

JACOBSEN

Yo, el doctor Jacobsen, curo la depresión de todo Copenhague. Asisto al pintor, que parece haberse encerrado en la oscuridad más aterradora de sí mismo. El ruido aparatoso de su caída, con todos los utensilios de su gloria, debo recoger y volver a poner en su lugar. Para que esto ocurra, me convertiré en él. Ser otro es una tarea infame, pero sólo así podré salvar al artista de la inutilidad, de no ser gerente de un banco de Noruega o comerciante de autos en Ámsterdam. En las noches, el brillo de la luna se filtra por la ventana del cuarto hasta el lecho donde lleva varios meses delirando; se le oye conversar con la visitante, confesarle su obsesión por la muerte. Con sus dedos temblorosos, en la ventana le acaricia los cabellos a la iluminada alcahueta del cielo; eso lo sabe todo Oslo y esa leyenda le ha merecido la fama. Mi trabajo como psiquiatra de este hospital consiste en pintar de blanco la puerta del paraíso. Sólo así podré llegar hasta el fondo del alma de los enfermos. En ese fondo se me aparece Edvard Munch dibujando una luna y, mientras lo hace, distiendo sus nervios con pociones de bromuro y fuertes shock que aplico a su conciencia. En la medida en que le espanto los fantasmas, le desdibujo la luna, borro la blanca puerta del paraíso; luego le desvanezco su traje negro. Finalmente, le borro el título al cuadro: Melancolía.

Al poco tiempo apareció un escrito anónimo en la portada de un diario de Cristianía, que en su cierre dice: *A seis meses del pintor haber abandonado la clínica, en sus cuadros nunca más volvió a asomarse la luna. Triste desprestigio de los psiquiatras.*

ESTA MAÑANA ABRÍ LA PUERTA DEL CUADRO

Y entré a visitar a *La joven enferma*. Ha empeorado.
Se estaba tragando el lienzo. La única materia de su mundo.
No pude traerle un pan.
Dice que en su mundo el hambre es peor.
Y nadie viene a darle consuelo.
Me maldice por haber sido su creador.
Se queja en el lecho por haberla abandonado.
Le dejé una piedra, porque no solo de pan vive el hombre.

ANOCHE ME ACOMPAÑÓ EL NIÑO ASESINO, me cuidó.

Era una especie de santo prófugo al lado de mi lecho abrazando un pan.
No dejarse robar el pan, era el gran tema de su vida.
Comencé a pintarlo. Pero sus manos, misteriosamente,
Le quedaron por fuera del cuadro.
Error del artista: ahora sus manos roban panes en toda Ekely.
Si sus manos hubieran quedado dentro del cuadro
Abrazando el pan, la historia hubiera sido otra.
He titulado el cuadro *Orfandad*.

(Es 26 de mayo y el niño —ahora hombre mutilado—, me busca para asesinarme y así vengarse de la vida, no del arte).

(de Bajo el brillo de la luna, 2015)

Nelson Romero Guzmán

Ataco, Tolima, 1962. Es autor de los poemarios: *Días sonámbulos* (1988), *Rumbos* (1993), *Surgidos de la luz* (2000), *Voy a nombrar las cosas* (2000), *La quinta del sordo* (2006), *Obras de mampostería* (2007), *Música lenta* (2015), *Bajo el brillo de la luna* (2015).

Ha obtenido numerosos premios, entre otros el premio Casa de las Américas, 2014.

Es Profesor de la Universidad del Tolima.

FERNANDO DENIS

Selección: Jessica Maza Barrios

LA DAMA DE SAL

La flor del pez se oscurece.
En el reloj de agua duerme la cóncava luz
que mueve sus agujas de hielo.
La espalda se disuelve,
su nombre convertido en una ola
ya es también hierro enfadado bajo
la luna de agua.
Y mientras el mar teje su museo,
su colección de auroras
y de noches,
la dama de sal se yergue, ingrávida,
y permanece inmóvil junto al abismo insondable
con su leyenda:
YO SOY EL MAR, Y EL AGUA VA Y VIENE CON MIS
RECUERDOS.

HAZME UNA MÁSCARA

¿El rostro empieza o termina en los colores?
En este manajo de sueños que han ido forjando
los delirios, las mentiras de los ojos,
¿qué mañana nos corrige?
En un instante sin sombra me retracto.
Vuelvo a mis andanzas.
Si en un río de imágenes nocturnas he visto
tu cara
¿por qué de día la olvido?
La ciudad va a la deriva de nuestra barca,
la vigilia.
Hay un lugar vacío entre las cosas, nuestro
rostro.

Alguien que niega su soledad pregunta por el
pasado que nunca tuvo,
pero recuerda una máscara y un turbante.
Enigma para siete colores
El sueño es el sueño de los hexámetros,
donde el mar arde con más felicidad
que todos los mares de Europa.
Es el sueño de la casa en ruinas
y sus pájaros más
antiguos:
las palabras.
Las palabras están en mis ojos.
Son este bosque que parece un espejo.
Sobre mí hay un cielo parecido al cielo de la
Iliada.
A través de la tormenta escucho las voces de los magos.
Las voces de la arena del desierto.
Las voces que encienden los ojos de la espada,
y en la vieja casa quemada por crepúsculos
descifran el enigma de los siete colores
en un cuarto en sombras.
Escucho a los magos
y son azules las palabras en mis ojos.
Merlín duerme junto al árbol de fuego.
Su sueño mantiene vivas las llamas.
Veo la luz más antigua del mundo deslizándose
para ver su rostro.
Lentamente la luz más antigua disuelve sobre el
mar sus metáforas.
La doncella de los colores atraviesa el jardín de
los pavos reales
y abre todas las puertas,
entonces el tigre entra en su sueño.
Los magos viajan.
Sus fábulas son narradas por los vientos
en antiguos cuadernos del color de las arenas.
Después de irse vacía queda la mirada.
Llega la noche
y entonces un hombre enloquece o muere
por el color azul.

EL PAJARO LECTOR

William Ospina le contó a Juana la historia del pájaro lector.
 Era un animalito de dos patas y dos alas con cara de niño,
 y ojos con ojeras marrones como anteojos.
 Se comía la letra B de los libros de la biblioteca de Alejandría,
 antes del incendio.
 Cada día había menos libros en los estantes con la letra B.
 ¿Y por qué no se comía la doble V, por ejemplo?,
 preguntó la niña, intrigada, con los ojos muy abiertos.
 William le respondió:
 Juana, la doble V es un veneno para los pájaros lectores.

¿PUEDE EL ARTE SER INVISIBLE?

*Aquello que te mostró la noche
 En su crepúsculo
 Tristán e Isolda*

Ya los sagrados mitos que conspiran
 en el sueño del mundo te anuncian.
 El tiempo invulnerable lego su clepsidra
 a las estrellas,
 y ese oro brillará toda la noche para urdir
 otra y otra calle
 cuya duración es mi miedo y mi esperanza,
 mientras las horas cambian como el mar
 y crece el verso que deberá acompañarte hasta el fin.
 Los dos tallaremos en el instante,
 en los colores del instante,
 la forma que evocará nuestro destino
 bajo el álgebra de Dios;
 y será más virtuosa la soledad
 cuando diga tu nombre,
 y soñará el tiempo que ya te ha visto,
 que eres igual a este abrazo inmenso.
 Tú, con el mar ardiendo en los ojos, me dirás:
 Vine a mostrarte los colores de las cosas que sueñas.
 A punto de perderme en el incesante crepúsculo te diré:
 El color de perderme tus ojos después de haber leído
Tristán e Isolda.

LA CASA EN LA ARENA

¿Por qué no vienes ahora y miras
entre las acacias y los estanques
esta casa de oro viejo y de música
que levanté con un verso de Virgilio?
¿Por qué no tocas con tus lluvias,
con la sal de tus mares, con tus colores
traídos de regiones extrañas
la casa del sentido y del lenguaje?
¿Por qué no la decoras con tus palabras?
mira la nube roja sobre la verdeante conífera
que arroja zafiros en el lago.
He habitado la soledad y la fiebre
en hermosos lugares
y en los espejos.
Entra en esta casa habitada por signos,
por sueños que han atrapado la densidad del mundo
y por niños que se esconden en tu mano.

(de *La geometría del agua*, 2009)

Fernando Denis

Nace en Ciénaga (Magdalena) en 1968. Su ópera prima, *La criatura invisible en los crepúsculos de William Turner* (1997), no pasó distraída para los lectores de poesía colombianos. Otros títulos suyos son: *Ven a estas arenas amarillas* (2004), *El vino rojo de las sílabas* (2007), *La geometría del agua* (2009).

Es reconocido como una de las voces poéticas más sugestivas de la más reciente poesía colombiana.

ÁLVARO NEIL FRANZO ZAMBRANO

Selección: Miyer Fernando Pineda

A LA ORILLA DE TUS PALABRAS

*Yo soy mi río, mi claro río que pasa
a tumbos en las piedras.*

Eugenio Montejo

Somos un mismo olor
La guayaba floreciendo en la infancia
Una misma agua
El Monquirá desembocando en el Suárez
Sólo que habitamos orillas diferentes
Desde la mía
tu cabello siempre será un relámpago
tu mirada un rayo que no acaba
y yo un niño que te arroja piedritas
para que no se apague el brillo de tus palabras
Tus palabras que llegan a mis días
como peces abismados de luminosidad
como anzuelos
donde empiezo a morir por el silencio
como espuma que navega
por esta soledad de arena
como un *tsunami*
donde únicamente sobreviven
las leyendas de los pescadores
como un oleaje de asombro
que resucita de burbujas
la lama de mis pensamientos
como un remolino de desesperación
que me arrastra por camas de hojas
donde recuerdo tu cuerpo
que todavía no conozco
Tú decides cuando puedo
acampar en tu vida.

(de *Temblor de isla*, 2016)

ROLLING STONES

*Con las piedras arrojadas
contra mí
he construido los muros
de mi casa.
Anise Koltz*

¿Qué parte de la casa son las piedras que sostienen las puertas?, ¿El aire que no deja caer el andamio de las conversaciones?, ¿El instante en que la puerta sueña con volverse ventana?, ¿Polvo que se apea de los caminos para sumarse a nuestro polvo?, ¿Lomo azul que los niños acarician, para apaciguar el agujero que devora los días?, ¿Memoria que extraña los caballos que se fueron a viajar en la sábila? ¿Lunas del otro lado a las que los perros no dejan de batirle la cola?, ¿Celacantos danzando un traje de luces que sale bien con el silencio?, ¿Sueños redondos que sueñan eternamente en los linderos donde vive la muerte? ¡Con todo lo que son y nunca aparecen en las fotografías!

(de *El amanecer de una naranja roja*, 2017)

CARTA AL PADRE II

Calzarme las alpargatas
o simplemente con los pies descalzos
ir por los caminos de herradura
a dejar la nasa en el pozo de siempre
para espinarles el alma a los nicuros
o voltearles con cebolla y tomate
la piedra a los cangrejos
Celebrar mientras regreso
el barro que trepa por mis zancas
el alumbrado público del girasol
la rocola empolvada
donde habita el grillo y la rana
que no me canso de pedir
mientras me pongo la luna en los labios
y bebo este café
humeante de estrellas
que prepara la abuela.

(de *La saga de los clavellinos*, 2008)

LA GAMBETA DEL MANÉ GARRINCHA O POEMA PARA EL PÁJARO MÁS VELOZ DEL FÚTBOL

Yo vivo la vida, la vida no me vive a mí.
Manoel dos Santos, Garrincha

Con la pierna derecha
viajando en las nubes de la gloria
y la izquierda repartida
entre el corazón de la gente
la gambeta de Garrincha va
como una garota bailando el carnaval
vestida con la media luz de su barrio
sortea la ilusión que se asoma
en la sonrisa desdentada de los charcos
baja hasta los cabarés
donde la negrura salvaje
que alberga la voz de Elza Soares
protege los malandros
gira en Pan de Azúcar y en el Corcovado
se extiende en la bahía de Guanabara
y en la arena infinita
que inspira el oleaje
de las muchachas de Ipanema
(Reina de Copacabana
coronada por la espuma
que corre en los recuerdos
de los torcedores)
Madura estrellas
en las conversaciones de cachaza
que le dejaron los amigos

(de *El amanecer de una naranja roja*, 2017)

SI KATHERINE SE FUERA

Si Katherine se fuera
yo simplemente sería
Un delfín ya muy lejos
del conjunto de peces
manteniéndose a flote

sobre su peso muerto
 Una estrella que se agita
 con ligero temblor de agonía
 Una pequeña lengua de fuego
 extinguiéndose
 en lo profundo de la noche
 El enorme escarabajo de Kafka
 rasguñando líneas de fuga
 con sus innumerables patitas
 La cabeza del caballo piafante
 atravesada por claridades oscuras
 Una oreja cortada
 escuchando el eco taciturno
 de la distancia
 que se aleja de tu cuerpo
 (de *Temblor de isla*, 2016)

Álvaro Neil Franco Zambrano

(Barbosa Santander, 1969) es licenciado en Idiomas de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Catedrático de la Escuela de Idiomas y profesor de la Maestría en Literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Poemas suyos han sido publicados en el *Periódico de Poesía* de la Universidad Autónoma de México (2007), en la Revista de Poesía Trilce (Chile 2012), en la Revista Casa Silva (2012), en la antología de la poesía colombiana *Desde el umbral*, (2004), en *La Pipa de Magritte* y en las Revistas Clave y Rosa Blindada de Cali. La Universidad del Valle publicó su libro *La saga de los clavellinos* (2008) y la UPTC publicó su libro *El amanecer de una naranja roja* (2018).

POETAS NACIDOS EN LA DÉCADA DEL SETENTA

Selección: Felipe García Quintero

JOHN JAIRO JUNIELES

(Sincé, Sucre, 1970)

POEMA DE MADRE

La vida es una mujer con sus dos manos para hacer lo que haga falta.
Un marcado aire de familia me une con esta modista que lleva treinta años frente a una Singer, que escucha radionovelas, y que aún conserva en un armario los tres ombligos de sus hijos.

¿De qué madera está hecha esta canoa que lleva medio río sin quejas, y piensa que todo mal lleva al bien amarrado en la cola?

¿Cuántas muertes me faltan a mí para parecerme a ella?,
para decir como dice ella:
“Si vives como si tuvieras fe, la fe te será otorgada”.

Años antes de que yo naciera madre colgó una estampa que aún pervive:
Dos niños recogen flores a la orilla de un despeñadero y un Ángel de la Guarda conjura el peligro con su presencia.

Dime madre con tus ojos el secreto,
dime cómo se llega alegre hasta el final, a pesar de los abismos, dímelo a mí, que soy la única pluma sucia de tus alas.

JOHN GALÁN CASANOVA
(Bogotá, 1970)

ALMACEN ACOSTA

Viejas letras de madera
sobre la fachada blanca de cal
anuncian a los pobladores
el ALMACEN ACOSTA.

Nadie se ha ocupado
en reemplazar las que han caído.

Cuántos años creciendo
recostado bajo el marco de la puerta
para nunca reparar en estas cosas.

Es preciso una tristeza
que lo traiga a uno de regreso,
apoyar una escalera sobre el muro

y fijar el cartel

EMILIO ACOSTA MARTÍNEZ

—, mi padre, HA MUERTO.

MARÍA CLEMENCIA SÁNCHEZ
(Itaguí, 1970)

CANCIÓN SEFARDÍ

En mi sueño no llueve, señor de
Las sequías, sólo hojas del suelo
Del olvido y memoria de manzanas
Son el ancho campo de
Mi cielo encendido.
En mis sueños la palabra lluvia, señor
Del olvido, llena el río de la noche,
Alegre testamento del sol de
Mañanas que no veo.
Nada hay en mi sueño que sea
Como la humedad de abril
En la tierra del agua prometida
Y sin embargo, señor del estiaje,
En mi nombre abrevan las sombras
Del desierto.

HUGO JAMIOY
(Valle de Sibundoy, 1971)

EN LA FRONTERA DE LA VIDA

Junto al longevo fogón
tu silencio y tus canas blancas
se confunden con el humo.
Pareces ausente, abuelo.
Cómo duele saber
que cada día
andas más cerca
de la frontera de la vida.
Y en aquel canasto
donde me enseñaste
a recoger la cosecha de maíz
voy atesorando tus palabras.
Las moleré, las fermentaré
y todos los días de tu ausencia
en tu nombre,
una copita, una copita, una copita.

GUSTAVO MACEAS
(Bosconia, Cesar. 1972)

A DOS DÍAS DE TI

A Jéssica Ustate

Hay un triste hoy, hoy, que no termina, sin romper su rumor, a veces en blanco y sólo en blanco, para borrar la frente y conciliar con los espejos la tarde que es en la sombra de cada cosa, alguna vez móvil y ya. Viendo venir el vacío, se sabe que no es blanca el ala de las sagradas cosas ni quiebra el instante su vuelo ya efectuado; es el milagro de la posibilidad que estalla en su belleza: inconclusa forma de verlo. Entonces nunca, nunca el día pasa y te ve: inédito ayer; entonces queda un olvido tan intenso y tan lúcido inscribiéndote en el papel del otro: lienzo regular de la noche. En el borde infiel de tu canto cantan los minuendos de la luz, y un resplandor predice la forma: ya está ahí, fuera del día; ni hoy ni mañana. Intacto está el lugar que dejas en el sueño, el riesgo de anhelar, ver que nada bueno hará detener el tiempo en el deseo. Pronto la lluvia ha decidido ser inocencia, qué harías, deletrearla entera. Tu amor excede el riesgo propio de entrar en auténtica caída, en el vértigo de un espejo póstumo donde arriba el azar para estar solo, sólo en este hoy, único y venidero tú; de ti lo lejano, entonces –que en nadie tan bien acude– muestra lo que llamarás tuyo y tantas otras cosas: el aire de espaldas, el retrato de la alegría: música en sí. Y ya empuja, lo inútil empuja. Asciendes en certidumbres: estar a dos días de ti es el dios que no existe –todavía. Tú mismo seguirás creyendo hasta que exista, y la hora, lejos, más lejos quedará. Inventando tu regreso la ves caer entre las otras y eso excita poco la espera; pero –tampoco– el perfecto escepticismo te hará imposible entre lo imposible de ser tú, un día después...

CÉSAR SAMBONÍ
(Bolívar, Cauca. 1972)

CALLE DE ALTOZANO

Piedra sobre piedra.

Una a una.

Algo se perdió de nosotros que fueron los antepasados: Aquileo Ruano y esos hombres venidos de Changuayaco, su única ambición quizás era hallar una mujer capaz de criar a los hijos, nada perseguían aparte de la gloria de un cuerpo generoso, de un abrigo para los días de lluvia sin tregua.

La carcoma del olvido es un terrible tapiz que oculta la memoria de otros días: los leños fracturándose en la tensa noche, las viejas lámparas de gasolina, las planchas de carbón y el rumor de los espantos, ávidos de amar a los extraviados, bajo el influjo del viento

desahuciado por el árbol

o las hojas de eucalipto.

Solos, la noche, la lluvia y esa tarde.

Piedra a piedra

fue borrada la estirpe de Altozano.

El ruido de los motores confirma lo triste del asfalto. Se escucha otro estruendo. Mañana la tierra tembló. Es el día de Saturno y se presagian fuertes lluvias.

SANDRA URIBE
(Bogotá, 1972)

HIPÓTESIS TARDÍAS

Si mi casa estuviera hecha con palabras no me calcinaría el silencio,
la humedad y las grietas no serían más que metáforas del frío
que se alimenta con mis huesos.
Si mi morada fuera un poema tendría una fuente en la mitad del patio
y las monedas oxidadas por la memoria de tantos deseos perdidos
no hablarían en los bolsillos del hambre.
Si la argamasa de los muros estuviera hecha de aliento incontenible,
si las vocales llenaran las horas con ese humo que no asfixia,
sería difícil desprenderse del fuego,
alejarse cuando el crepitar se hace canto y la luz sube por la garganta:
no mediarían en la atmósfera los vocablos de la muerte,
no podría, como ahora, olvidar la manera de respirar.

PASCUAL GAVIRIA
(Medellín, 1972)

EN EL MATADERO

El degüello obedece a las leyes de las tardes mecánicas.
Los novillos son izados estando ya medio muertos,
las poleas los mueven por el aire, atados de una pata trasera,
y el filo se repite sobre sus arterias mayores.

Nada de ofrendas, nada de frotarles el lomo con ceniza.
No hay tiempo para limar sus cuernos,
para hacerlos apuntar al cielo y
coincidir con la corona del paciente buey.

Su sangre se derrama sin ceremonias y
sus cabezas no se encumbran en las encrucijadas
de algunas ramas secas.

Pero los dioses lejanos son comprensivos,
reciben con agrado esa seguidilla de muertes, esa tropa inocentes de
despojos.
Sabén que necesitamos de sus gracias a cambio de ese ritual de carniceros.

Y le entregan a las faenas diarias del matarife
un valor para curar las angustias de la joven embarazada;
acogen la sangre de tres reses como dádiva de una pareja
y sus recientes promesas; oyen las últimas quejas
de los sacrificados como oraciones de los hombres enfermos.

Entienden esos dioses que no están los
tiempos para adorar novillos o investir matarifes de feria.
Tal vez también a ellos
convenga la desmesura de ese rito deslucido.

JUAN CARLOS ACEVEDO
(Manizales, 1973)

HISTORIAS ALREDEDOR DE UN FOGÓN

Nos acostumbramos al fuego. Cada amanecer un pequeño estallido encendía la llama que calentaba el dormitorio durante el día. En las noches, debo decirlo, las brasas mantenían el ambiente tibio. Esa chispa inicial sobre el carbón emprendía toda una aventura. Padre inició sus conocimientos con el abuelo, la historia anterior nunca la supe, pero Padre pudo dominar el fuego a su antojo desde siempre. Cerca de las cuatro de la mañana preparaba el fogón, disponía los tizones en forma circular, para cubrirlos —después— con un poco de esperma o de aceite, luego encendía una mecha que poco a poco daba fuerza al carbón que enrojecía hasta que arden.

Madre, laboriosa, había preparado con anterioridad el maíz. Él, en el silencio delicado del parpadeo, lo amasaba con alegría e iba dándole forma de disco. Mientras el fogón tomaba su temperatura ideal Padre organizaba sobre la parrilla uno tras otro sus discos blancos. Minutos después, en el frío de las madrugadas de esta Ciudad Amarilla, Él y su fogón asaltaban las calles y, con el olor a maíz tostado, anunciaban a los pocos transeúntes y a los muchos niños que dirigían sus pasos a la escuela que las arepas estaban listas. Las vendía con mantequilla, con queso rallado y hasta con miel. A mitad de la mañana Padre había terminado la primera jornada y nosotros nos preparábamos para ir a la escuela.

Cuando la noche anunciaba oscuridad, el ritual se repetía y Padre y su fogón asaltaban de nuevo las pequeñas calles de mi infancia. Nunca lo vi hacer otra cosa. Hace nueve años murió. Hoy tengo la edad del otoño y veo en los frigoríficos del “Super” paquetes de discos blancos, que distribuye una multinacional y que seguramente producen en serie en Medellín o en Manizales. La vida cambia, la memoria no.

CARLOS PACHÓN GARCÍA
(Villavicencio, 1973-2014)

REVÓLVER

Al Departamento Administrativo de Seguridad

Papá brillaba su revólver cada noche antes de dormir. Lo dejaba reluciente y en su reflejo la cara de la muerte.

El respeto por sus cosas nos prohibía moverlas de su habitación. El arma permanecía debajo de su almohada. La mantenía allí como un salvamento, por si sobrevenía el espanto.

Cuando la confusión y el disparo, los agentes del DAS se llevaron el revólver bajo la sospecha que ellos siempre tienen de los inocentes. Nunca lo devolvieron, cortando de tajo un destino familiar. Tras una exhaustiva investigación sólo se esclareció que papá se voló la cabeza una tarde de miércoles.

De cuando en cuando ha regresado el espanto y hemos dirigido la vista hacia la almohada en busca del brillo, del metal, del alivio.

FEDERICO DÍAZ-GRANADOS
(Bogotá, 1974)

BALADA PARA MIS JUGUETES

Con la escarcha de mis sueños
mi infancia coloreaba —en tiempos del hielo—
el alfabeto de mis juguetes
estancados en una esquina de la vida
bajo una carpa donde escampan al paso de los días.
Eran mis juguetes pequeños monarcas
con quienes construía naciones imaginarias en el aire
y buscaba el aullido de la noche al otro lado de una estrella.
Tan eternos y fugaces como la memoria.

Han pasado calendarios
y se han despoblado los minutos de mi vida
y aquellos amigos a quienes di un nombre y una historia
ciudadanos de mi alcoba
no sobrevivieron a mis guerras.

Ahora —en tiempos del deshielo—
cuando la infancia y la muerte
me juegan a los dados con mis manos
pido asilo entre mis juguetes
aunque sea ya un extranjero
en ese país de luces y fantasmas.

CAROLINA URBANO GUZMÁN
(Pasto, 1974)

LA CASA

El reloj marca los segundos
que se esparcen por la casa,
a un lado marchan los recuerdos
regados extrañamente
por todos los rincones.

Aparecen y desaparecen
como la bruma.
Algunos no han dejado de habitar en la biblioteca
y ya están en el baño o la cocina.
Aparecen
y desaparecen.
Así también las rutas
y los laberintos.

Antes de llegar a las ventanas
es habitual toparse
con algún trozo olvidado de soledad.

No es necesario buscar la salida,
ni el oficio de sus habitantes
en los cuartos vacíos.
En la casa,
no hay mapa , ni señales, ni mañana,
solo años y años de permanecer
hasta encontrar un lugar que semeja el destino
de tanto ver al azar
urdir su morada.

CATALINA GONZÁLEZ RESTREPO (Medellín, 1976)

PROMESA DE LA PRINCESA

Desde la torre miro el mar. A mi encierro lo acompañan las saladas noches y los fantasmas que se evaporan en las gotas de las lágrimas. Es como si fuera la única forma de darles mejor vida, de expulsarlos al vuelo del cielo, para que regresen al lugar de donde vinieron y no se pudran en mis huesos. Yo decidí esconderme aquí, lejos de bailes, máscaras y cortejos. Estoy perdida. Parece que mi historia hubiera sido escrita por un ciego. No veo mi camino, la luz me ha abandonado. Ni siquiera sé quién soy yo, olvidé mi nombre, y la poca memoria que me queda está en las palabras que grito al viento para exorcizar mis penas.

No he contado los días que han pasado desde la primera vez que vine aquí a escuchar las olas y fantaseamos con un viaje, con cruzar el horizonte y anclar en otro puerto. Desde ese momento subíamos cada noche y formábamos una isla con nuestros cuerpos.

No lo he vuelto a ver, supe que se marchó solo, yo no cabía en su equipaje. Sin embargo, seguí viniendo cumplidamente a esperarlo, hasta que me quedé aquí para siempre.

Muchos marinos vienen a mi playa, sólo un rumor los trae hasta mí, pero asustan cuando me ven. En el instante en que las retinas se encuentran y se devuelven nuestras imágenes, también temo. Hace tiempo que no me miro en un espejo y ya no me reconozco a mí misma. Soy una diosa harapienta y vieja condenada a la inmortalidad.

Casi todos enloquecen y me poseen, se sienten pequeños y quieren rozar un pedazo de mi antigua belleza. En su deseo, recupero la suavidad en mi piel, la fortaleza de mis músculos, la frescura en mis labios y el color de mis ojos. Su amor me devuelve la juventud, pero su egoísmo me regresa mi verdadera faz. Ellos no lo resisten y sin pensarlo se lanzan al agua. Cada uno me deja una arruga y ya son tantas que me he convertido en leyenda. Los más sensatos se burlan de mí y sus carcajadas estremecen mis entrañas una vez más.

Algo debió pasar para ser desterrada de este mundo. No lo recuerdo.

LAUREN MENDINUETA
(Barranquilla, 1977)

LOS GRITOS ADULTOS

para Silvia Favaretto

Acontece que a veces es necesario recurrir al grito,
el alma se angustia y viene el cuerpo en su auxilio.
El cuerpo vaciado de palabras,
lleno de miedo,
ahíto de lamentaciones
terminará por gritar.
Rara vez el grito de un cuerpo es oído por otro cuerpo
(por eso aprendemos a gritar hacia dentro,
atesoramos nuestra desesperación,
renunciamos a gritar como niños perdidos,
crecemos).
Los hospitales están repletos de gritos mudos
y los llamamos cáncer o artritis o depresión
uno y mil nombres asustadores
y a veces definitivos.
Un cuerpo que grita sólo desea ser escuchado por otro cuerpo.
Cada uno con su necesidad del *otro* porque el *yo* no basta.
No tiene por qué bastar.
Pretendo gritar, gritar hasta perder la voz.
Volver a ser pequeña,
ir hacia atrás,
hasta los tiempos en los que sólo podía expresarme con llanto
y a nadie asombraban mis bramidos absurdos.
Ambiciono incluso ir más allá en el tiempo
hasta regresar a la edad definitiva y segura de la nada.

HELLMAN PARDO
(Bogotá, 1978)

EL FALSO LLANTO DEL GRANIZO

I

Me enamoré alguna vez de una mujer con los pechos recién ungidos.

Era el tiempo de la guerra.

Ella recogía esparto
en estaciones violentas
y yo veía crecer dos o tres caídos sobre la hondura del agua.

La noche en que durmió el búho cetrero
un estruendo levantó las tapias
y la trepadora
que ascendía hasta los tejados
dejó su rastro a los pies de las bisagras.

Nuestra casa
una pluma en la memoria.

¿Con qué adobe está hecha su voz
que aún se oye
por el derruido cielo raso?

II

Es la lágrima del ángel que se hunde entre las losas
o son los muslos de la muerte trenzando su sudario.

Hay un latido sordo
un galope súbito en los azulejos del alma.

¿Bajo qué baldosa ofendida
encontrar su eco de ceniza y espanto?

III

Me enamoré alguna vez de una mujer con los pechos recién ungidos
en tiempos de guerra.

Su piel de araucaria se vino abajo
con los muros que construimos
mientras veía desatarse
el indómito fuego
y el falso llanto
del granizo.

SAÚL GÓMEZ MANTILLA
(Cúcuta, 1978)

DEL ÁNGEL CONVERSO

En sus palabras
todo el tiempo contenido.

En sus gestos
ante la luz que lo atormenta
el pasado evoca.

En su interior
un delirio de tinieblas
lo habita.

FREDY YEZZED
(Bogotá, 1979)

TENGO UN RECUERDO que deseo salvar de mí mismo:

En las tardes, después del colegio, siempre me esperaba a la salida, por orden de mi madre, la señorita Krüger. Una mujer gruesa y blanca que arrastraba sacos largos como gatos muertos. Casi inmóvil y sin saludar, me tomaba de la mano y caminábamos en silencio a través de las calles. Nunca dijo: “¡Qué sucia tenés la cara!” o “¿Qué tarea te han dejado hoy?”.

Sin embargo, a pesar de su grotesca nariz y el olor a encierro, lo que amaba de la señorita Krüger era su amor por el agua del lago del parque Centenario. Se sentaba en la banca de madera, sacaba de su bolso un libro que nunca leía y se ponía a ver el agua o los asquerosos peces o el color de las plumas de los patos. Podía pasar sin parpadear horas enteras en esa tarea difícil de descifrar la luz. Si hay un instante de felicidad en mi infancia fue ese aire, ese sol en la piel, ese lugar de solitarios.

Siempre me pregunté por los delirios de amor que la señorita Krüger ocultaba en sus párpados caídos, por los cadáveres muertos en sus rollizas carnes, por las voces gritando dentro de ella. La señorita Krüger se moría con un piano de fondo todos los días un poco más.

Años después pregunté a mi madre por la suerte de la señorita Krüger. Mi madre sólo dijo: “Esa mujer... coleccionaba candados”. Y yo pensé: “Objetos silenciosos...”.

ELISABETH MARÍN BEITIA
(La Unión, Valle. 1979)

NEGLIGENCIA

La lluvia lejos
Repica
No entiendo el flagelo de las gotas
Que se estrellan en un líquido griterío
El estampido grosero de su eco me golpea

La tranquilidad
Cosa basta
Es madera carcomida por el moho de las voces
Pienso en eso mientras la araña de humo
Cuelga su sogá en mis pulmones

Llueve lejos
El horizonte es una verja
Que alguien destruye en la distancia
Hierros que rasgan
Eso duro y sinuoso
Semejante al dolor
Que serpentea en mi vientre

Llueve lejos
No alcanzo aún el ahogo necesario
Para entenderlo

GIOVANNY GÓMEZ
(Bogotá, 1979)

COMPAÑÍA

Para Luciana

Mi hija repite las últimas sílabas de cada enunciado
que su madre le enseña en voz alta para rezar
escucho el tarareo involuntario de una canción
donde cada parte de la oración se aprende primero por el final
(mi dulce compa)**ñia**
(no me desam)**pares**
(ni de)**noche**
(ni de)**día**
Al habla una niña repite
una solicitud antigua para sus jóvenes sueños
pero cada silencio suyo pronuncia algo
adivina algo
¿Sabemos quién es nuestra compañía
Entenderemos por qué nos desampara
y será nuestra noche y nuestro día?

LUCÍA ESTRADA
(Medellín, 1980)

XXI

Entro en la fiebre. Desde mi ventana veo el nacimiento de los mares, colinas que la espuma reviste, novias muertas, sumergidas. Temo ser encontrada con esa visión, que descubran mi deseo de correr tras una legión de ahogados. El cuerpo se precipita, resplandece. Soy una con el todo; los pies me liberan del camino. Convulsa la espada, el oro del estanque. La llama va en ascenso, corta el hilo de la resistencia. Hay una mano perdida para la escritura, otra que la rescata. No la teje, sólo cuida de la verticalidad del sueño. No paro de caer. Mira esta lluvia malva: ha encontrado otro linaje, un anticipo místico, un animal de fondo que se recuerda y nos recuerda. Es el frío, la exaltación, la mano que te abre, y el goce. No sueltes la flor.